NOTAS DE UN LECTOR

El buen D. Francisco Gregorio de Salas

Sus aficiones artísticas

El ingenuo y candoroso Salicio, que mereció de la atildada pluma de Moratín aquel peinado epitafio, muestra en sus obras menores, tan íntimas, abandonadas y pueriles, manifiesta afición por las bellas artes: cita nombres de músicos, escultores y pintores como no acostumbran sus contemporáneos, y aunque claramente se advierte en sus elogios, genéricos y heterogéneos, que a a sus exigencias artísticas, o acaso más ciertamente a su bondad, cualquier artista competía, con infantil eclecticismo, el hecho de su afición apasionada a las bellas artes es patente.

Solo con una manera no transige; con el barroquismo. He aquí la característica rúbrica de una poesía. *A la renovación del templo de San Felipe el Real, y al buen gusto con que despojándole de la pesada talla que tanto le afeaba, ha sido restituido a su primitiva majestad y hermosura.* Comienza

Del ya difunto Ponz a los avisos,
y otras modernas críticas juiciosas...

y es su último verso, lapidario resumen de su ideal artístico, en verdad por él no logrado sino en su segunda cualidad;

La majestad, la sencillez y el arte.

La fachadas de San Sebastián y del Hospicio fueron blanco preferido de sus candorosos epigramas.

Santo de tanto valer
¿qué hacéis en tal frontispicio?

pregunta a el San Sebastián, y el santo contesta:

Yo bien conozco en rigor
que a no estar en el Hospicio
no podía estar peor.

Obra disparatada de Churriguera llama en una rúbrica a la famosa fuente trashumante de la plazuela de Antón Martín.

En cambio los primores neoclásicos de la fuente de las *Cuatro Estaciones*, le mueven a los mayores elogios.

Bastantes obrillas dedica a asuntos musicales. Parece picarse, al tratar de ellos, de técnico: zahiere a los malos ejecutantes y en sus elogios a los que le gustan usa términos, a su parecer sin duda, sabios. Así oyendo cantar el *Stabat mater* de *el célebre Bocherini* dice complacido,

Servidos con perfección
por el plan y su orden justo,
se vé en tu *Stabat* el gusto,
notas, letra y devoción,

y en elogio de un célebre tocador de clave nota

agilidad, expresion,
filosofía y limpieza.

Por este prurito de inteligente, graceja en otro epigrama de que en el Gloria de una misa solemne «el maestro de capilla no habia puesto ningún paso de fuga.»

Muchos más epigramas dedica a asuntos musicales, nombrando en sus rubricas *una célebre cantada de Hayden* (¡Hayden, tan elogiado por Iriarte en una nota de su poema *La Música!*) y al profesor de violín Melchor Korizi.

Pero de todas sus referencias artísticas ningunas tan interesantes como las que hace a la pintura.

Dos pintores, bien ajenos al arte del siglo XVIII, aparecen en sus versos, oportunamente evocados. En un *epitafio para un hombre que fué muy flaco* leemos,

Este original del Greco
acartonado y enjuto
fué de color de escorbuto,
carilargo y anquiseco...

y en una *Difinición de las ferias de Madrid* enumerando cuanto habia visto, cuenta entre ello

mil figuras ambulantes
originales del Bosco.

De temperamento tan dispar del suyo como Goya, hace un elogio caluroso bajo la siguiente rúbrica: *Habiendo visto algunos excelentes retratos hechos por el benemérito Goya, le dijo:*

La naturaleza excedes
y tu fama será eterna,
si de envidia no la mata
la misma naturaleza.

En varias rúbricas cita, con precisión de verdadero aficionado, a Claudio Coello, Carducho, Jordán, y en un epigrama a un mal crítico, a Ticiano como ápice de su arte.

Parva domus

El *observatorio rústico* del sencillo Salicio, tan campesino y oliente a jara, acaso no estaba sino en los altos que hay a la salida de Recoletos conforme se va a la Fuente Castellana.

Él nos da sujestivas noticias de la casita que poseía en tal sitio, casita que hoy nos sirve de espejo de su sencillo carácter.

Era la tal muy pequeñita, más no sin misterio, que él descubrió a un amigo que se la tachaba por mezquina.

Yo busco aquí un campo grande,
no de la casa el tamaño,
y la hice chica, porque
quedara más grande el campo.

Razones más filosóficas, y de clásico abolengo, abonaban lo mismo: tal el ejemplo de Diógenes y su tonel:

Su elección fué oportuna
para el descanso,
que en casa chica caben
pocos cuidados;
siendo constante
que casi todo sobra
como ellos falten.

Un día amaneció con la noticia de haberse arruinado la casita y sido despojada. No se descompuso por tal ruina nuestro buen don Francisco Gregorio. Él nos explica que si fabricó la casita fué tentado de la ambición. Su mayor diámetro era tan solo de nueve pies. Pero aquella ruda gente de aquellos campos viendo con evidencia *en la filosofía de sus sabios preceptos, ignorante,* que aunque tan pequeña se excedía el capellán en tener casa, por enseñarle ciencia tan necesaria

la derribó inhumana
llevándose la puerta y la ventana;
y en este, para mí, dichoso día
con discreta y benigna violencia
prudentes me robaron
el único cuidado que tenía,
y más feliz que estaba me dejaron.

Mas no paró aquí la historia de la casita. Don Francisco Gregorio vió ser imposible vivir sin cuidado ninguno y tuvo por discreto rehacer la casita para volver al cuidado más pequeño. Y con el siguió solazado, y levemente preocupado con su casita, en la que por todo ajuar habría, como él nos contó de la de un cura aldeano

Cuatro sillas de baqueta
un breviario muy viejo,
el Gonet, Silveira y Barcia
y un balandrán con sus flecos.

Poesía doméstica.

Fluye en la literatura castellana una apacible vena de poesía doméstica y campestre, familiar y prosaica, de que nuestro buen don Francisco Gregorio es acaso el más extremoso representante. Culmina esta manera en su conocido *Observatorio rústico*, mas si se nos hubiera de pedir un ejemplo más breve de de esa corriente, sin vacilar elegiríamos la pintoresca *Descripción de la vida de la mujer de un labrador*, delicioso cuadrito, que por característico y único, no debiera faltar en ninguna antología.

Ni las sutilezas petrarquistas, ni los esplendores barrocos del culteranismo, ni el pobre, pero severísimo tono de la poesía neo-clásica, parecen los cauces más adecuados de estos sencillos y prosaicos sentimientos, mas con todo, entre sutilezas, esplendores y frialdades se ve aparecer, de cuando en cuando, la corriente remansada de la poesía doméstica.

Es acaso Boscan el primero y más caracterizado cantor de esos temas hogareños y del campo. En su *respuesta a don Diego de Mendoza* hay admirables trozos de este género, quizá no superados hasta hoy.

Quiero tener dineros en mis manos,
tener para tener contenta vida
con los hidalgos y con los villanos...
comamos y bebamos sin recelo,
la mesa de muchachos rodeada;
muchachos que nos hagan ser agüelos

Nosotros nos iremos paseando
hacia el lugar do está nuestra morada
en cosas que veremos platicando,
la compaña saldrá regocijada
a tomarnos entonces con gran fiesta
diciendo a mi mujer si está cansada.
Veremos al entrar la mesa puesta
y todo su concierto aparejado
como es uso de casa bien compuesta...

En todo el fragmento de que hacen parte estos tercetos, se mantiene el poeta aún con mayor elevación y decoro lírico, mas cede al fin a lo cotidiano del tema cayendo en deliciosas sencilleces, en prosaismos canonizables, dignos de los momentos más abandonados de nuestro buen don Francisco Gregorio.

Frutas pornán maduras y sabrosas
por nosotros las más de ellas cogidas,
envueltas en mil flores olorosas.
Las natas por los platos extendidas
acudirán, y el blanco requesón,
y otras cosas que dan cabras paridas.
Después de esto verná el tierno lechón,
y del gordo conejo el gazapito,
y aquellos pollos que de pasto son.
Vemos también allí el nuevo cabrito
que a su madre jamás habrá seguido
por el campo, de tierno y chiquitito...
Pasaremos la noche dulcemente
hasta venir el tiempo que la gana
de dormir toma al hombre comunmente...

Azorín nos ha contado (1) que en un librito titulado *La Amalia o cartas de un amigo a otro residente en Aranjuez*, su autor D. Ramón Tamayo y Calvillo, hace una preciosa referencia a nuestro buen don Francisco Gregorio. En una conversación que con él sostuvo, adujo nuestro buen don Francisco Gregorio textos de Marcial, Valbuena y Argensola en abono de opiniones tales, que sin tan altas autoridades tuviéraselas por extravagancias. Un poco incongruente parece a *Azorín* este manojo de poetas; mas, por dicha, no lo es para nuestra intención. Aparte del nombre de Marcial (dejemos a los romanos...) los

(1) Los valores literarios (Madrid, 1913) pág. 239, *Los españoles*.

otros nombres aparentemente inconexos nos ponen en la pista de aquella apacible vena de poesía doméstica que hemos gozado en Boscán. Y es sugestivo en grado sumo que aparezcan esos dos nombres en la boca de nuestro buen don Francisco Gregorio.

Don Bernardo de Valbuena en su precioso y poco leído libro *El siglo de oro*, nos dá entre obligados tópicos de poesía bucólica remozados por él con verdadera valentía y facundia, algunos versos de familiar y delicioso tono.

Viene la noche, ordeña su ganado,
cena queso y cuajada
o manteca más blanca que la nieve,
échase sin cuidado
entre la paja usada
cuando más nieva, más ventisca y llueve,
y en pellejos envuelto,
duerme toda la noche a sueño suelto.
Pues luego a la mañana con el frío,
las manos en el seno,
con migas el estómago aforrado...
... en su gabán metido y rebujado
súbese a una ladera
y allí el nuevo calor del sol espera...
... coge la primer pera,
las manzanas de olores
y otros regalos que el verano envía;
las uvas como grana
de donde el vino y alegría mana.
Labra sus viñas, ara sus rastrojos...

Son estos, bien lo sé, tópicos de poesía pastoril, más pienso que adquieren en estos versos una verdad y naturalidad que les apartan de las convencionales arcadias. Con mayor complicación lírica dice en otro lugar.

Echa en el hombro la industriosa azada,
labra tu viña, planta tus parrales,
la fresca vid al álamo arrimada;
haz en tu huerto al agua sus canales,
con esto agotarás la de tus ojos,
quedando claros para ver tus males.
Ocúpate en arar nuevos rastrojos,
y arrancando en el trigo las espinas
arrancarás del alma los abrojos...

Mas el pasaje verdaderamente típico del género de poesía que inquirimos en esta nota es aquel cuyos son estos tercetos.

Saca tus ovejuelas al ejido;
el fértil campo y el agricultura
son medicina al pecho más herido;
ver los bueyes abrir la tierra dura,
sembrar a logro cierto alegres prados,
gozar la fruta y su primer dulzura...
Pues tras esto hallarse acaso un nido,
y a su dueño espiar tras una mata,
podrá traerte un rato divertido...
¿Hay gusto igual, si sales el verano
sin sol el día, el campo verde y tierno,
que echar un par de liebres por el llano?
¿Pues en el blanco y encogido invierno,
en tu cabaña al fuego recostado,
cómo te hallará su canto eterno
en zurrón proveído, el río al lado,
tiernas castañas y manteca fresca,
las migas hechas y el corral nevado?

El nombre de Argensola que el buen Don Francisco Gregorio asociaba al de Valbuena en su conversación con Tamayo y Calvillo, es sobremanera significativo de esta manera de poesía. Aun en Lupercio puede sondearse la prosaica y amable corriente. Cito, por no ser precisos más ejemplos, el soneto de que son estos versos.

Vuelve de noche a su mujer honesta
que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
y el enjambre de hijuelos le rodea;
fáciles cosas cena con gran fiesta.

Este verso delicioso en su desmayo y el ingenuo y pobre final.

Oh, corte, oh confusión! ¿quién te desea?

parecen muy propios y próximos de nuestro buen Don Francisco Gregorio.

Pero el Argensola que debió ser su verdadero ídolo y dechado es Bartolomé. Tuvo el amable rector de Villahermosa una gracia especial para expresar y sentir los casos y emociones de la vida cotidiana. Procedía su ángel del mejor Horacio, el de las sátiras, y sin violencia abandonaba su intención censoria para complacerse en los cuadros reales de su modesta vida.

Las comidas con fruta comenzamos,
que yo la he visto verde, sazonada
y agradecida a los felices ramos;
aunque a sus tiempos la que más me agrada
es el grave Melón, a cuyos senos
blanco o rojo, el azúcar se traslada;
y en largos higos, no me incita menos
la ociosa madurez, que en Moscateles
de oro cubiertos, y de almíbar llenos...
Y aunque lo asado con clavel Maluco
me fué apacible, de humildad lo evito
por la vil refacción de un Gallo eunuco,
más no el indispensable requisito
olla cortés, que su cuidado envia
a la necesidad y al apetito.

Creo instructivo y agradable comparar este pasaje con los semejantes de algunas églogas en que se hacen también enumeraciones de fruta y manjares. Vaya por anticipado una observación que cuadra aún mejor a los pasajes transcritos de Valbuena. En nuestra poesía pastoril se juntan dos tendencias casi antagónicas. A la refinada idealización de la vida del campo que llega a nuestros poetas de los bucólicos clásicos que podemos resumir en el nombre de Virgilio, mezcló el genio realista de nuestra raza, como quien rebaja los grados de una bebida alcohólica, el Horacio egoista y buen vividor siempre grato a nuestro carácter. De este Horacio—más superiormente interpretado por Bartolomé Argensola—procede acaso gran parte del caudal de prosaica poesía que buceamos en esta nota. Pláceme para hacer la comparación anunciada copiar otro pasaje del propio Bartolomé, que es así:

La torrecilla de palomos llena
en sus roncos arrullos semejante
a los aplausos del teatro suena;
abiertas las ventanas, no distante
descubren el repuesto de la fruta
cubiertas con sus redes de bramante...
Generoso el olor de las camuesas
se esparce, que del techo bien colgadas
forman racimos de sus hilos presas,
y con ellos la sarta de granadas,
que una en el seno sus rubíes encubre
y algunas te los muestran confiadas.

Las uvas que en Abril como en Octubre,
precian su néctar, sólidas y enteras;
como él aunque escondido, lo descubre.
Y de juncia y de esparto en las groseras
fajas, para invernar, penden melones
acomodados dentro en sus esferas.
Las Servas, imitadas de varones,
que en sus parras son ásperos, y rudos,
hasta que en luengas tierras, los traspones.
Los Nísperos, que dejan de ser crudos
bien que maduros son pellejo, y cuescos,
junto a membrillos lisos, o lanudos.
Los Higos pasos con más miel que frescos;
al fin cuanto se esculpe y se colora
sobre las Conucopias y Grutescos.
Desde Valencia dan Pomona y Flora.
la cidra, y la naranja a nuestra Pales,
con las limas que el sol adulza y dora.
Cuando a breves tetillas virginales
imitan, conservando la figura
con que en fraterna unión crecen iguales.
El Pero humilde entre las pajas duras
macizo, y más cordial, cuyas virtudes
con el rescoldo lento el fuego apura.
Las Castañas en forma de laudes,
Nueces y Almendras que aman la madera
que les sirve de cunas y ataudes.
Entre esta fruta fácil considera
que un asado, un cocido, poco y bueno
sobre manteles cándidos me espera.

Todo en esta deliciosa enumeración tiene una humorística y acusada intención realista. Del universal Lope pueden aducirse ejemplos de bodegones de este tono. Vaya, por su frescura y sencillez, el siguiente de su comedia *El villano en su rincón.*

JUAN.—Tu, Fileto alcanza
la más blanca y limpia cesta
y de unas uvas doradas
que se vengan a los ojos
y estén sus racimos rojos
por las mañanas heladas,

descubriendo como el sol
el puro color del oro,
la llena y lleva a Perolo
nuestro vecino y doctor.
FILETO.—Manda a Gila que me dé
un paño de manos bueno,
labrado o de randas lleno,
y en somo le posaré

Mas otros poetas de distinto temple sintiéronse arrastrados por la opulencia de colores y calidades que tal tema proporcionaba, y con ella labraron trozos ornamentales dignos de las Cornucopias y Grutescos de que hablara Argensola. El propio Lope, inagotable fuente de ejemplos poéticos de toda laya, nos da uno encantador en una célebre canción de su *Arcadia*.

Aquí la verde pera
con la manzana hermosa,
de gualda y roja sangre matizada,
y de color de cera
la cermeña olorosa
tengo, y la endrina de color morada:
aquí de la enramada
parra, que al olmo enlaza,
melosas uvas cojo;
y en cantidad recojo,
al tiempo que las ramas desenlaza
el caluroso Estío,
membrillos, que coronan este río.

Aquí el tema está sentido ya, con una intención decorativa; no es el simple ofrecimiento de abundancia de las églogas clásicamente puras. Mas en los trozos que transcribo de la *Égloga Marcelo* y *Fenixardo* de Pedro Soto de Rojas, la tendencia ornamental llega al paroxismo y la borrachera de color y calidad, y hasta sabor, es verdaderamente frenética.

Gozarás de la guinda
el acedo sabor que limpia el gusto,
la de semblante garrafal robusto,
y cereza que alinda
a la color del que con Baco brinda.
Y la fruta que engendra
el armenio Albarcoque más temprano
será tierra del cielo de tu mano,

aunque te dé su cendra
la blanca plata de su dulce almendra...
Rasantes los panales,
fábrica dulce de la enana abeja,
en fecunda preñez la Miel bermeja,
y la blanca en cristales
pacida entre floridos romerales...
Las uvas moscateles
y las albillas, ambas en racimos,
de sus panales pámpanos ópimos
(si en pechos de Cibeles
bermejas leches, no), cándidas mieles...
La Granada avarienta
te dará la riqueza que atesora,
y el prudente Moral la dulce mora
cuya color sangrienta
la tragedia de Tisbe representa...
De su piel despojado
entre el añejo vino, en vaso hermoso
te serviré el melocotón sabroso,
que, después de sentado,
sangre derrama en su color dorado.
Desnuda y sin camisa,
bien que casta nadante en linfa pura,
a tomar de tus labios su dulzura
vendrá la Almendra lisa
con blanco orgullo derramando risa.

No es preciso continuar copiando. El poeta sigue acumulando frutas sobre imágenes, viniendo a ser este, en otras églogas tema episódico, el principal en esta.

La fastuosa eficacia del tema ha seguido tentando a los poetas hasta nuestros días. De un malogrado poeta de hoy, Tomás Morales, son estas admirables estrofas en que revive el estro de Soto Rojas con mayor depuración.

En canastas de mimbres y anchas hojas de higuera
todos mis frutos muestran sus gayas carnaciones,
desde el ámbar lustroso de la uva sanjuanera
a la pelusa mate de los melocotones...
En profusión pujante de colores amigos
se agrietan y acarician las pulpas tentadoras,
y se mezcla el rezumo lechoso de los higos
con la sangre virgínea de las profusas moras.

Y exultan las manzanas de carrillos rientes,
las granadas que enseñan su encarnado tesoro,
los limones que fingen senos adolescentes (1)
y los plátanos regios como falos de oro.

Aun más recientemente Antonio Machado remoza el tema en estos versos de su libro *Nuevas Canciones*, que acaba de publicarse.

...en el huerto rezuma el higo mieles,
cuelga la oronda pera en los perales,
hay en las vides rubios moscateles,
y racimos de rosa en los parrales
que festonan la blanca almacería
de los huertos. Y irá de blanca a bruna
por llano, loma, alcor, y serranía
de los verdes olivos la aceituna...

Saltemos ya desde estos barrocos ejemplos a alguno de nuestro buen don Francisco Gregorio, y con el contraste de esos brillos y opulencias a estas prosaicas enumeraciones, volvamos a mirar los remansos de la apacible poesía doméstica.

Luego en algún labrado canastillo
con afecto sencillo,
una bella y leal rebuscadora,
de los frutos que dora
el abrasado estío en el manzano,
me suele presentar con grata mano
una porción crecida,
madura y escogida,
trayendo al mismo tiempo incorporados
los hoñegales higos abultados,
cuya gruesa corteza,
labrada con hermosa gentileza,
de rayas verdes, negras y moradas,
me ofrece por las dulces y encarnadas
melosas aberturas
de sus entrañas puras
para brindarme el apetito y gana,
un color más hermoso que la grana...

Mil ejemplos como este contiene el *Observatorio rústico*. Nótese la comida de una boda que cuenta Coridón en la *cuarta división*, y que por su extensión

(1) La imagen que procede de Bartolomé Argensola creo que ha perdido su ingenua eficacia.

excesiva no se transcribe aquí. Vaya en su lugar el siguiente característico fragmento:

A la mesa se sirve en varios platos,
con simples aparatos,
el agua miel, arrope y el uvate,
la jalea, alajú y el piñonate,
una sopa dorada
de blanca miel y almendra machacada,
y el turrón de melcocha y las rosquillas
y las dulces camuesas amarillas,
uvas, peras, castañas y granadas,
abundantes y frescas ensaladas.

No desdeña nuestro poeta los vocablos más usuales y expresivos y es esta, nota de todos los trozos copiados desde Boscan, que aún perduran en los poetas que siguen nutriendo esta apacible vena de prosaica y cotidiana poesía, como puede reconocerse en este trozo de Rubén Darío.

Me rozo con un núcleo crespo de muchedumbre
que viene por la carne, la fruta y la legumbre...
Entre los cestos llenos de patatas y coles,
pimientos de corales, tomates de arreboles,
sonrosadas cebollas, melones y sandías
que hablan de las Arabias y las Andalucías.

En rigor el prosaismo del buen don Francisco Gregorio es personalísimo e irreductible a modelo. Sin embargo creo haber demostrado en el transcurso de esta nota que está dentro de una tradición y corriente de poesía muy castiza, corriente que acaso se nutría ya, como de afluentes, de los libros de Fray Antonio Guevara, y que aun no se desdeñan en acrecer novísimos poetas.

José M.ª de Cossío.